

cayó de hinojos. En cuanto a Enriqueta, apenas vió salvada a su discípula, perdió a la vez las fuerzas y cayó casi desmayada. Al recobrase las dos mujeres, lo que primero vieron fué a Laisa en pie, cubierto de sangre, con los brazos y los muslos desgarrados, y al tiburón que, sin vida, flotaba en la superficie del mar. Luego las dos a una e impulsadas por igual pensamiento dirigieron sus miradas a la peña en lo alto de la cual apareciera el ángel libertador; pero la peña estaba solitaria: el ángel libertador había desaparecido, pero no tan rápidamente, sin embargo, que las dos no hubiesen tenido tiempo de conocer en él al joven extranjero de Puerto Luis. La doncella se volvió entonces hacia el negro que tal prueba de abnegación acababa de darle; pero el negro, tras breve espacio de muda contemplación, se había emboscado nuevamente, y Sara buscó en vano en torno de sí: como el extranjero, el negro había desaparecido.

## XI

### EL PRECIO DE LOS NEGROS

Al mismo instante acudieron dos hombres que desde el punto superior del río habían presenciado parte de la escena que acababa de desenvolverse: eran Malmedie y Enrique. Sara, advirtiendo entonces que iba medio desnuda, y abochornándose al pensar que de tal suerte la vieran, llamó a la anciana mulata, se puso un peinador, y apoyándose en el brazo de su amiguita Enriqueta, aun palpitante de terror, se adelantó hacia su tío

y su primo. Los cuales, siguiendo las huellas del ciervo, habían llegado a la margen del río en el preciso instante en que retumbaron los dos escopetazos disparados por Jorge, circunstancia que les diera a entender que era uno de sus compañeros que hacía fuego contra el ciervo. Malmedie y su hijo habían, pues, vuelto los ojos hacia el punto de donde partieran los tiros, y, como va dicho, habían presenciado de lejos y vagamente parte de la escena que acabamos de referir. Detrás de los Malmedie llegaron los demás cazadores, y todos juntos formaron rueda en torno de Sara y Enriqueta, a quienes interrogaron sobre lo que pasado había; pero hallándose el aya todavía demasiado turbada y conmovida para responder, hizolo la doncella, la cual contó por menudo lo acaecido. Va muchísima distancia de haber sido testigo presencial de una escena tan terrible como la que líneas atrás hemos intentado describir, y haber seguido con los ojos de espanto todas sus incidencias, a oír el relato de ella, aunque sea de boca de quien ha corrido el peligro de ser su víctima y el relato se haga en el mismo teatro del acaecimiento; con todo eso, como el humo de las descargas apenas se había disipado, y el cuerpo del monstruo estaba a la vista, flotando y estremeciéndose en medio de las convulsiones de la agonía, la narración de Sara causó profundo efecto en el ánimo de los cazadores, que galantemente se dolieron de no haberse hallado en el lugar del desconocido o del negro, y afirmaron que cada uno de ellos hubiera apuntado tan certeramente como el primero y nadado tan vigorosamente como el segundo. Pero a todas esas protestas de habilidad y abnegación, el corazón le decía a Sara que sólo aquellos dos eran capaces de hacer lo que habían hecho. En esto los

ladridos de la muta anunciaron que el ciervo estaba acorralado, y ya es sabido qué fiesta es para los verdaderos cazadores asistir al remate de un animal tras el que han corrido toda la mañana. Así pues, como Sara estaba salvada y ya nada había de temer, y por tanto era ocioso perder el tiempo en condolerse respecto de un incidente que, en definitiva, no había tenido fatales consecuencias, dos o tres de los cazadores que estaban más distantes de la doncella se eclipsaron, marchándose en dirección del sitio de donde procedía el rumor, y a poco los siguieron otros cuatro o cinco; y como Enrique hizo observar que no sería cortés que él dejase de acompañar a aquellos a quienes convidara y a los cuales tenía que hacer hasta el fin los honores de su fundo, diez minutos después sólo quedó Malmedie junto a Sara y a Enriqueta. Los cuales tomaron la vuelta de la quinta, donde había preparado un suculento almuerzo para los cazadores, los cuales no tardaron en llegar precedidos de Enrique, que traía galantemente a su prima el pie del ciervo, cortado por su propia mano, a fin de ofrecérselo como un trofeo. Sara agradeció la fineza a su primo, que a la vez la felicitó por haber recobrado los colores de suerte que, al verla, nadie pudiera haber sospechado lo que ocurrido había; los demás cazadores hicieron coro con Enrique. El almuerzo fué animadísimo, y en él no figuró el aya, que a causa del profundo miedo que sintiera estaba calenturienta. En cuanto a Sara, aparentemente a lo menos, como había dicho Enrique, se hallaba del todo tranquila, e hizo los honores de la mesa con su gracia habitual. A los postres pronunciáronse muchos brindis, algunos alusivos al acaecimiento de la bahía, aunque en ellos para nada se citó al cazador extranjero ni al negro

desconocido; el milagro fué atribuído por entero a la Providencia, que quería conservar a Malmedie y a Enrique una sobrina y una novia tan querida. Pero si durante los brindis nadie habló de Láisa ni de Jorge, de quienes, por otra parte, nadie sabía los nombres, en cambio cada cual se desató en alabanzas de sus proezas personales, y Sara, con hechicera ironía, elogió a cada uno según su destreza y su valor. Al levantarse de la mesa los convidados, entró el capataz para anunciar a Malmedie que acababan de traer a la hacienda un negro que había intentado fugarse; pero como tales casos eran muy comunes, Malmedie se limitó a responder que aplicasen el castigo ordinario al negro.

—¿Qué pasa, tío?—preguntó Sara.

—Nada—respondió Malmedie.

Anudada la interrumpida conversación, diez minutos después un criado anunció que los caballos estaban dispuestos. Aprestáronse, pues, todos a regresar a Puerto Luis, conforme lo convenido, pues como al día siguiente lord Murrey tenía que dar la comida y el baile, cada cual estaba deseoso de disponer de todo el día para prepararse a tal solemnidad. Sara entró en el dormitorio de Enriqueta, la cual, sin hallarse seriamente enferma, estaba aún tan trastornada, que la doncella la conjuró que se quedase en río Negro. Sara, por otra parte, ganaba algo en que el aya prolongase su estancia en la quinta, y lo que ganaba era que en vez de regresar en palanquín a la ciudad, lo haría a caballo. Al salir la cabalgada, la doncella vió a tres o cuatro negros ocupados en despedazar el tiburón para reducirlo a aceite. Al acercarse a la montaña de las Tres Tetas, los cazadores divisaron a lo lejos a los esclavos reunidos, y llegado que se hubieron a ellos, ob-

servaron que la causa de la reunión no era otra que la expectativa de una ejecución; que ya es sabido que en casos tales se congrega a todos los negros del ingenio para que asistan al castigo de sus compañeros que han cometido una falta. El culpado era un mozo de diez y siete años, que esperaba atado y agarrotado, junto a la escalera en la cual habían de tenderlo, la hora fijada para su castigo, hora que, gracias a las vivas y reiteradas instancias de otro negro, la habían aplazado hasta el momento en que pasase la cabalgada, por haber el solicitante manifestado que tenía que hacer una revelación importante al señor de Malmedie. Efectivamente, al llegar Malmedie frente al culpado, un negro que sentado junto a él estaba curándole una herida de la cabeza, se levantó y se acercó al camino; pero el capataz se le interpuso.

—¿Qué pasa?—preguntó Malmedie.

—Señor—respondió el capataz,—el negro Nazim va a recibir los ciento cincuenta latigazos a que ha sido condenado.

—¿Y por qué ha sido condenado a ciento cincuenta latigazos?—preguntó Sara.

—Porque ha intentado fugarse—respondió el capataz.

—¿Conque es el negro de quien nos han denunciado la evasión?—profirió Enrique.

—Sí, señor.

—¿Y cómo lo han cogido ustedes?

—Es muy sencillo—contestó el capataz;—he esperado el momento en que Nazim estaba ya demasiado lejos de la orilla para tornar a ella a fuerza de remo o a nado, y entonces he salido en su persecución embarcado en una buena chalupa con ocho remeros. Al doblar el cabo del sudoeste lo hemos divisado a dos leguas mar aden-

tro, y como él sólo tenía dos brazos, y nosotros diez y seis, y montaba una mala canoa, y nosotros una excelente piragua, no hemos tardado en darle alcance. Nazim se ha echado entonces al agua y se ha puesto a nadar como un pez para ganar la orilla; pero por fin se ha cansado, y como, por otra parte, empezaba a fatigarnos también a nosotros el perseguirle, he quitado el remo a uno de nuestros remeros y con él he descargado en la cabeza del negro un golpe tal, que me he dado a entender que el bribón se había zambullido para siempre jamás; pero no, a poco ha reaparecido desmayado, y habiéndolo metido en la chalupa, no se ha recobrado hasta el morro de Brabante.

—Pero ese desventurado quizás estaba gravemente herido—profirió Sara con viveza.

—No lo crea usted, señorita—contestó el capataz,—no ha recibido más que un rasguño. Esos malditos son de alfeñique.

—¿Por qué han tardado tanto, pues, en aplicarle el castigo que tan merecido tiene?—repuso Malmedie.—De haberse acatado mis órdenes, ya habría recibido los latigazos.

—Así se habría hecho ya—contestó el capataz,—si su hermano, que es uno de nuestros más laboriosos trabajadores, no me hubiese asegurado que tenía que decir a usted algo importante antes de cumplir las órdenes de usted, y como usted había de pasar por aquí, y el aplazamiento era sólo de quince minutos, he tomado bajo mi responsabilidad el aplazamiento.

—Ha hecho usted bien, capataz—dijo Sara.—¿Dónde está?

—¿Quién?

—El hermano de ese infeliz.

—Sí, ¿dónde está?—repuso Malmedie.

—Aquí estoy, señor—respondió Laisa adelantándose.

Sara lanzó una voz de sorpresa : en el hermano del reo acababa de conocer al hombre que tan generosamente se había abnegado aquella mañana para salvarle la vida. Lo más admirable, empero, fué que Laísa ni siquiera volvió los ojos hacia la criolla, y en vez de implorar su intercesión, como tenía derecho a hacerlo, continuó avanzándose hacia Malmedie. Sin embargo, toda duda era imposible ; las heridas abiertas por los dientes del tiburón en los brazos y en los muslos del negro estaban aún vivas y sangrientas.

—¿Qué quieres?—preguntó Malmedie a Laísa.

—Pedir a usted una gracia—respondió en voz baja el negro para que su hermano, que se hallaba a veinte pasos de él, no lo oyese.

—¿Cuál?

—Nazim es endeble, es un niño, está herido en la cabeza y ha perdido mucha sangre, y no es bastante robusto para soportar el castigo a que se ha hecho acreedor ; puede morir a los golpes, y usted perderá un negro que, al fin y al cabo, vale doscientos pesos.

—Bueno ¿y qué?

—Propongo a usted un cambio, señor.

—¿Cuál?

—Ordene usted que me den a mí los ciento cincuenta latigazos que él ha merecido. Soy robusto y los soportaré, sin que esto impida que mañana asista yo al trabajo como de costumbre, en tanto que él, se lo repito a usted, es un niño y morirá a los golpes.

—No puedo acceder a lo que me pides—replicó Malmedie, mientras Sara no apartaba de Laísa los ojos y lo miraba con profundo asombro.

—¿Por qué no puede usted acceder?—preguntó el negro.

—Porque sería una injusticia.

—Se engaña usted, señor, porque el verdadero culpado soy yo.

—¡Tú!

—Sí, señor—contestó Laísa ;—yo soy quien induje a Nazim a fugarse, yo quien he labrado la canoa de que él se ha servido, yo quien le he afeitado la cabeza con un casco de botella, yo quien le he ungido el cuerpo con aceite de coco. Ya ve usted, pues, que quien merece el castigo soy yo y no Nazim.

—Te equivocas—repuso Enrique tomando parte en la discusión.—Los dos merecéis que os castiguen, él por haberse fugado, tú por haberle ayudado a fugarse.

—Pues que me den los trescientos latigazos—objetó Laísa.

—Capataz—dijo Malmedie,—que den a cada uno de esos dos bribones ciento cincuenta latigazos, y acabemos de una vez.

—Dos palabras, tío—repuso la doncella ;—reclamo el perdón de esos dos hombres.

—¿Por qué?—preguntó Malmedie con extrañeza.

—Porque este hombre es el que, esta mañana, se ha arrojado tan animosamente al agua para salvarme.

—¡Ah! ; me ha conocido!—profirió Laísa.

—Porque—continuó Sara,—en vez de un castigo es acreedor a una recompensa y hay que concedérsela.

—En este caso—dijo Laísa,—que me concedan el perdón de Nazim.

—Ta, ta, ta, muchacho—articuló Malmedie.—¿Eres tú quien ha salvado a mi sobrina?

—No, señor—respondió el negro—sin el auxilio del cazador, no había remedio para ella.

—Pero ha hecho cuanto ha podido para sal-

varme, tío—repuso la criolla;—ha luchado contra el tiburón. Y si no, vea usted, todavía le sangran las heridas.

—Cierto que he luchado contra el tiburón, señorita—replicó el negro,—pero en defensa de mi vida. El tiburón ha arremetido a mí, y para salvarme he tenido que matarlo.

—Tío—exclamó Sara,—¿va usted a negarme su perdón?

—Claro que te lo niego—respondió Malmedie;—porque de dar el ejemplo de concederlo en tales circunstancias, esos tunantes se fugarían todos en la esperanza de que una linda boca como la tuya intercedería por ellos.

—Pero tío...

—Pregunta a esos caballeros si lo que pides es posible—dijo Malmedie con acento de confianza y volviéndose hacia los jóvenes que acompañaban a su hijo.

—La verdad es—respondieron los cazadores—que tal perdón sería un ejemplo desastroso.

—Ya lo has oído, Sara.

—¿Pero usted no comprende—replicó la doncella—que un hombre que ha arriesgado su vida por mí no puede ser castigado el mismo día en que la ha arriesgado? ¿Usted no comprende que si en lo que a usted se refiere es acreedor a un castigo, en lo que a mí atañe merece una recompensa?

—Bueno, obremos cada cual según el caso; primero que lo castiguen, y luego recompénsalo tú misma.

—Tío, tío—exclamó Sara;—¿al fin y al cabo qué le importa a usted la falta que han cometido esos dos infelices? ¿En qué le perjudica desde el momento que no han podido realizar sus designios?

—¿Que en qué me perjudica?—arguyó Malmedie.—¡Pues ahí es nada! Como que les quita parte de su valor. Un negro que ha intentado fugarse pierde la mitad de su precio. Esos dos bribones valían ayer, el uno quinientos pesos, y trescientos el otro, o lo que es lo mismo ochocientos pesos, y si hoy pido por ellos seiscientos no hay quien me los dé.

—La verdad es que yo no daría por ellos seiscientos pesos,—dijo uno de los cazadores.

—Pues yo soy más generoso que usted—profirió una voz que hizo estremecer a Sara;—doy por ellos mil pesos.

La doncella volvió el rostro y vió al extranjero de Puerto Luis, a su ángel libertador, en pie, ostentando un elegante traje de caza y apoyado en su escopeta de dos cañones.

—¡Ah! ¿es usted?—dijo Malmedie, mientras Enrique, a impulsos de un sentimiento para él inexplicable, se ponía como una guinda,—ante todo doy a usted las más encarecidas gracias, pues hame dicho mi sobrina que debe a usted la vida. De haber sabido dónde hallar a usted, me habría apresurado a verlo, no para pagarle mi deuda, que esto es imposible, sino para hacerle patente mi profunda gratitud.

El extranjero se inclinó sin contestar, con desdenosa modestia que no pasó inadvertida a Sara, la cual se apresuró a añadir:

—Mi tío dice bien, caballero; tales servicios no se pagan; pero toda mi vida me acordaré de que a usted se la debo.

—Dos cargas de pólvora y dos balas de plomo no merecen tales demostraciones de gratitud, señorita, y me daré por muy satisfecho si la del señor de Malmedie llega hasta cederme, por el precio que le he ofrecido, esos dos negros de que tengo necesidad.

—¿No nos dijeron anteayer que había un buque negrero a la vista?—preguntó a media voz Malmedie a su hijo.

—Sí, padre—respondió Enrique.

—Bueno—dijo entre sí Malmedie,—hallaremos modo de reemplazarlos.

—¿Qué resuelve usted, caballero?—preguntó Jorge.

—Con muchísimo gusto accedo a sus deseos. De usted son esos dos negros, puede usted quedarse con ellos; pero a ser de usted, prescindiendo de que dejasen de trabajar por espacio de tres o cuatro días, les haría administrar hoy mismo la corrección a que se han hecho acreedores.

—Esto es incumbencia mía—dijo Jorge sonriéndose,—esta tarde recibirá usted los mil pesos.

—Usted dispense—profriró Enrique,—la intención de mi padre es regalarle a usted los negros esos, no vendérselos. La existencia de dos miserables negros no puede compararse con una vida tan preciosa como la de mi bella prima. A lo menos déjeme usted que le ofrezca lo que poseemos y al parecer tanto desea usted.

—No es eso lo que hemos pactado, caballero—repuso Jorge irguiendo con altivez la frente, mientras Malmedie hacía a su hijo una mueca de las más significativas.

—Permítame usted que haga en ello algunas modificaciones—repuso la doncella,—y por el amor de aquella a quien ha salvado usted la vida, acepte usted estos dos negros que le ofrecemos.

—Gracias, señorita—contestó Jorge;—sería para mí una ridiculez el insistir. Acepto, pues, y ahora soy yo quien quedo obligado a usted.

En diciendo estas palabras, Jorge hizo una medida con la cabeza y retrocedió un paso en señal de que no quería retener por más tiempo a la honorable compañía en medio de la carretera.

Los cazadores cruzaron un saludo, y Jorge y Sara una mirada.

Puestos nuevamente en marcha, Jorge siguió con los ojos y durante algún tiempo a los cazadores con el fruncimiento de cejas que le era habitual cuando lo preocupaba un pensamiento amargo, luego se volvió hacia los negros y llegando a Nazim dijo al capataz:

—Desaten a este hombre; él y su hermano me pertenecen.

El capataz, que había oído la conversación de Jorge y Malmedie, obedeció sin reparo. Desataron, pues, a Nazim, y, junto con Laísa, lo entregaron a su nuevo señor.

—Ahora, amigos míos—dijo Jorge volviéndose hacia los negros y sacando de su faltriquera una bolsa henchida de oro, como vuestro amo me ha hecho un presente, es justo que yo os haga un pequeño regalo a vosotros. Tomad esta bolsa y repartíos lo que contiene.

Tras estas palabras el joven puso la bolsa en manos del negro más cercano a él; luego se volvió hacia sus dos esclavos, que en pie esperaban sus órdenes, y les dijo:

—Haced lo que os plazca, id adonde queráis, sois libres.

Nazim y Laísa profirieron simultáneamente una voz de alegría y de duda, pues no acertaban a dar crédito a tanta generosidad por parte de un hombre a quien no habían prestado servicio alguno; pero al oír que Jorge repetía las mismas palabras, cayeron de hinojos, y con arranque de inefable gratitud besaron la mano que acababa de emanciparlos.

Como empezaba a hacerse tarde, Jorge tocóse otra vez con su gran sombrero de paja que hasta entonces tuviera en la mano, y, terciando su escopeta, tomó la vuelta de Moca.